

editorial

Nuestro Pasado Viviente

Si una medida exacta hay para saber la fuerza vital del teatro de una nación, es la relación que los creadores vivos guardan con los creadores de otras épocas. No decimos "con los difuntos": la verdadera historia del teatro de un país está hecha de obras vivientes, representables, que encierran valores humanos transmitibles y actuales para el espectador de cada día. Valores que un montaje creativo sacará del papel, subrayándolos, enriqueciéndolos.

Es curioso observar que en el momento actual el teatro de México ha sido tomado masivamente (como en un ochenta por ciento) por el Estado. Y que tal hecho no ha venido acompañado de un programa ideológico o de alguna actitud medianamente clara en cuanto al sentido o utilidad que el Estado dé al teatro. O en cuanto a lo que se propone hacer con él.

Este dominio alcanza el territorio total del país. Teatro de la Nación es la rúbrica con que ahora funcionan los foros del Seguro Social para todo cuanto auspician. (Varios teatros más se han añadido a los originalmente construídos por el Seguro). Las compañías de cualquier capital de provincia deben enviar copia de las obras que planean poner: en el Distrito Federal, se las lee, bastante parsimoniosamente, y si se las aprueba, el montaje es autorizado. Esta forma compleja de censura no tiene leyes conocidas: puede ser de índole estética, política o moral, pero es siempre subjetiva y sin un código que informe a las compañías sobre lo que les conviene seleccionar. La prohibición puede ejercerse con el simple recurso de demorar indefinidamente la

2 respuesta a una petición: muy desorientador todo.

De la Compañía Nacional del INBA nos ocupamos unas páginas más adelante: es mucho más clara en cuanto a propósitos y territorios que cubre.

No ha habido divorcio explícito entre las compañías oficiales y nuestra historia teatral. Pero desde que existen, abundan en los diarios las opiniones enfáticas que niegan y reniegan de la dramaturgia mexicana de cualquier fecha. Ninguna voz del Estado se alza para contradecir estas expresiones que parecen, a la vez, elogiar los programas oficiales.

Se vuelve necesario recordar a cada momento que contamos con un teatro prehispánico, vivo aún hasta hoy en sus descendientes, los danzantes que hacen su rito dramático en los atrios de las iglesias. (Y que no han dado interés ni curiosidad a los muchos que posan como discípulos de Artaud). Hay teatro virreinal, poco investigado a pesar de los admirables clásicos con que cuenta. Hay un interesante siglo XVIII, a juzgar por ese fruto raro y de concepción tan moderna, "Visita del payo a la casa de locos". Hay un siglo XIX pobladísimo de autores que fueron populares, del cual nos llegan obras vitales y atractivas.

El amor a nuestra larga, rica tradición, no caracteriza a quienes hoy practican las artes escénicas. El teatro de la Universidad Nacional ha gastado su ingenio en traducir y vitalizar a ingleses del siglo XVIII; quizá sea afortunado para los mexicanos del mismo siglo que no les apliquen similar trato. Pero toca a los Teatros de la Nación, dueños de toda la fuerza del Estado, mostrarnos un criterio amoroso hacia nuestras letras dramáticas de todas las épocas.

La falta de tradición, de raíz, la falta de amor a nuestro propio rostro, son los rasgos de una colonia. Y dejamos de serlo en 1821. . .

Todo lo anterior, a propósito de que damos hoy una obra encantadora y escasamente conocida de ese gran hombre de teatro, Manuel Eduardo de Gorostiza. Dramaturgo muy superior a su rival y antecesor, Leandro Fernández de Moratín, no ha tenido la fama póstuma que el ibero debido a que optó por tener nuestra nacionalidad. En aulas nuestras suele considerársele el segundo de aquél: el cual es desabrido, ñoño, inerte y superficial, difunto ya como teatro. Sirva la graciosa comedia que ofrecemos como prueba de la vitalidad del mexicano, del cual no circulan más de cuatro o cinco obras, siempre las mismas, y por las cuales se juzga su obra entera. ¡Y Gorostiza cuenta en su haber más de 60 títulos! "Contigo pan y cebolla" es la más popular y la más representada: "El amigo íntimo" no es menos cómica, ni inferior en caracterización, pero sí más pulida en artificio y con una moral mucho más simpática.

3